



XXXI JORNADAS NACIONALES DE CARTELES

Carteles: movimiento de Escuela

Sábado 24 de septiembre de 2022 en La Plata

Cartel: ¿Qué amistad entre el dispositivo analítico y los dispositivos tecnológicos?

Cartelizantes: Lucía Benchimol, Martina González Arufe, Marina Ñañez, Silvia Smaznovich,
más-uno: Gustavo Stiglitz

Rasgo: Modalidades del cuerpo, modalidades de la presencia

El analista ¿guardián de lo real?

Marina Ñañez

¿Qué amistad entre el dispositivo analítico y los dispositivos tecnológicos? Es la pregunta que nos reunió como cartel, a partir del real que introdujo la pandemia. Si la práctica analítica gravita en torno a un real ¿en qué modificaba al dispositivo analítico el uso de las pantallas?

Me interrogaba entonces, el alcance de la práctica analítica a través de los dispositivos tecnológicos, especialmente en aquellos casos donde la imagen, en detrimento de lo simbólico, toma estatuto de nudo en el *parlêtre*. Fenómeno, que podemos enmarcar, en el

avance del discurso capitalista -en alianza con la técnica y la ciencia-, que en sus intentos de suturar la falla constitutiva del ser hablante, pone a la imagen en el lugar del amo.

J. A. Miller, en *El Otro que no existe y sus comités de ética*, plantea que la inexistencia del Otro inaugura *la época lacaniana del psicoanálisis* –que es la nuestra- la época de los desengañados, la época de la errancia (2013, p.11), afirmando que si hoy en día hay una crisis, es una **crisis de lo real**. Dice: *nuestra época ve inscribirse en su horizonte la sentencia de que no hay más que semblante (p.11)*. Aclarando que el uso de los semblantes es vano, inoperante, hasta profundamente nocivo si se omite lo real en juego. Formulando que, *a medida que se extiende el imperio de los semblantes, resulta cada vez más importante mantener en el psicoanálisis la orientación hacia lo real (p.13)*.

En el mismo texto, Miller, plantea que el estatuto de lo simbólico contemporáneo está *dominado por lo imaginario o en continuidad con él*. Lo que hace, que no se encuentre en absoluto en condiciones de perforar, atravesar lo imaginario (p.14). Se trata, más bien, de un simbólico que *se consagra a la imagen (p.15)*.

Nieves Soria, en su texto *Síntomas del discurso capitalista*, refiere que al **degradarse las identificaciones simbólicas rectoras** [que], *no solo orientan la experiencia del espejo, sino que posibilitan atravesarlas (...) el sujeto queda atrapado en el reino de lo imaginario, con el consecuente peso que pasa a tener entonces el narcisismo (...) Se le pide entonces a la propia imagen que cumpla una función de nominación (2019, p.151)*

Y bien, ante el estatuto que toma el cuerpo del *parlêtre*, en la época del Otro que no existe, ¿cómo hacer resonar en esos casos, y mediante las pantallas, otra cosa que el sentido?, ¿cómo alcanzar el cuerpo del *parlêtre*; es decir, un estatuto del cuerpo más allá de la imagen/pantalla?, ¿cómo hacer *ex-sistir* allí, un vacío donde resuenen las marcas que han hecho del viviente un ser-de-lenguaje?

En la experiencia de un análisis, la presencia de los cuerpos se revela como algo insustituible, lo que haría pensar que las pantallas vendrían a obstaculizar la puesta en marcha del discurso analítico. Esto si no pensáramos, que tanto el analista como la pantalla – ésta en calidad de *gadget*-, solo pueden venir al lugar de semblante del objeto *a*. No se trata entonces, de poner el acento en la pantalla, sino en la posición del analista quien puede servirse de ella, para señalarle al sujeto el real que hay más allá.

Con ello, no se trata de una promoción del objeto tecnológico, -que por otra parte, ya ha mostrado sus limitaciones en la experiencia analítica- sino de ubicar, cuál es la *verdadera naturaleza* del deseo del analista, que con su acto sostiene.

Parafraseando a Freud, en su famoso *“el sueño es el guardián del dormir”*, podemos decir, que el analista – en la época del Otro que no existe-, ante los espejismos de las pantallas, se hace, más bien, “guardián” de lo real (el de la no relación sexual), apuntando con su acto, y vía la transferencia, a un despertar. El de atravesar la dimensión imaginaria del narcisismo, para tejer el cuerpo con los hilos de lo simbólico y lo real, operando un pasaje del cuerpo tomado como “esfera”, a un cuerpo “tórico” que incluya el agujero, y anudado al síntoma.